

4) Dña. Elena Gómez Leyva, esposa de D. Tomás Campuzano.

5) D. Joaquín Gómez Leyva, casado con Dña. Delfina Jiménez Gómez; con numerosos descendientes.

6) Dña. Rosalía Gómez Leyva.

### Alfonso Hernández de Alba y Lesmes.

Consúltense: Archivo de la Parroquia de la Catedral de Santafé, bautismos y matrimonios; Notaría II, Protocolo de 1866, tomo 8.

Raimundo Rivas.—**Los Marqueses de San Jorge; La Caridad**, 1866, etc.

## SEMBLANZAS HEROICAS

### IX

“Debemos apoderarnos de esas flecheras o morir....”

Páez.

“.....O morir! Seguid al tío los que queráis”!, así concluyó Páez, el llanero invicto, aquel reto de muerte a los trescientos lanceros que le acompañaban.

.....¡O morir!.....Y en labios de Páez, ¡cuán poca cosa!, qué poco significaba esa palabra, terrible, macabra, tenebrosa para la mayoría de los humanos, tan natural, tan corriente, tan sin importancia en Páez, “la primera espada del mundo”, según el decir de un escritor inglés.

De este Jefe, con las Queseras del Medio,

dicho está todo y sobran los epítetos laudatorios. ¿Quién no le conoce? ¿Quién, desde la infancia, no ha oído contar las proezas inverosímiles de ese paladín glorioso de la emancipación americana? Sobra de razón está la especie de que los hechos que se narran del ilustre loco de los Llanos, de no existir documentos comprobatorios, nadie podría creerlos y fueran ellos como arrancados de la mitología o la leyenda.

Ni Bolívar mismo, con la mirada fija, atento el ánimo y presenciándolas, daba crédito a sus ojos ni quería creerle sus locuras!

Páez, el rudo llanero, el musculado semidiós de las selvas vírgenes e indomables, surgió de pronto, según Marti, "como los llanos chamuscados y sedientos, albergue sólo del cocodrilo moribundo y de la víbora enroscada, surgen a las primeras lluvias cubiertos de lozanía, fragancia y verdor, y el potro relincha y el toro renovado se encela, y cantan los pájaros, esmeraldas aladas, y todo entona con estallidos y chispazos el venturoso concierto de la vida; así el alumno de la señora Gregoria, el criado de la pulpería, el que traía y llevaba los camazos, pone el oído en tierra, oye a lo lejos, convocando al triunfo, los cascacos del caballo de Bolívar; monta, arenga, recluta, arremete, resplandece, lleva caballo blanco y dolmán rojo, y cuando se le ve de cuerpo entero, allí está, en las Queseras del Medio, con sus ciento cincuenta héroes, rebanando enemigos, cerrándolos como en el rodeo, aguijoneando con la lanza, como a ganado perezoso, a las hordas fatídicas de Morales. Pasa el río, se les va encima; los llama a pelear; les pica el belfo a los caballos; finge que huye; se trae a las ancas toda la caballería, "vuelvan caras",

dice, y con poco más de cien, a la luz del Sol, que volvió a parar su curso para ver la maravilla, clavó contra la selva a seis mil mercenarios, revueltos con el polvo, arrastrados por sus cabalgaduras, aplastados por sus cañones, caídos sobre sus propios hierros, muertos antes por el pavor que por la lanza...!

Páez es único; vibra de coraje en la batalla, salva los ventisqueros, vadea el río, para su valor no hay valla y en dondequiera que fulge su lanza vengadora, todo, con el terror que inspira, se revuelve, se enardece, vacila y la causa que se perdía, renace, resucita y se canta por doquiera el hosanna glorioso de la vida!

\*

\* \*

Bolívar se encuentra en una situación embarazosa, excepcionalmente difícil. Sus tropas hambreadas en extremo, vuelven sus miradas suplicantes y él sin esperanza alguna de proporcionarles un mendrugo. Desfallecen sus intentos ante la imposibilidad absoluta y el problema que tiene delante: andar con sus tropas muchas leguas, salvar largas jornadas que sus soldados por debilidad extrema no podrán soportar y por ende, el remedio es poco menos que imposible.

El Libertador se desespera, se mesa los cabellos y meditativo no alcanza en la enormidad de su cerebro, una luz que alumbre su situación angustiosa.

Es en los llanos extensos del Apure. El enorme río, con su oleaje mudo, desafía a quien quiera aventarse hasta sus ondas para alcanzar una vacada incitante que impasible vegeta en la

opuesta orilla. Además, siete flecheras enemigas vigilan, estancadas en mitad de la corriente, haciendo de todo punto imposible el acceso, mucho más a quien como Bolívar carecía de toda embarcación y de todo recurso.

Páez le observa, respeta ante su Jefe la magnitud del problema y sella sus labios, pero su espíritu vaga por irrealizables utopías que ¡vive Dios! intentará cuéstele la vida o no le cueste!

Nadie habla; sobre las tropas se cierne el hado fatídico de la impotencia y todo toma los caracteres de un cementerio abandonado.

Aquellos puntos blancos, incitadores, que allá lejos formaban la vacada, eran para quienes sentían agujonear el hambre y retorcerse las entrañas, el verdadero suplicio de Tántalo.

Voces perdidas, aisladas, de cuando en cuando rompían el silencio. Sólo Bolívar, de uno a otro lado se pasea y habla consigo, y bruscamente exclama, febril, malhumorado: “Daría el mundo entero por apoderarme de la escuadrilla española, porque sin ella no puedo cruzar el río y las tropas no pueden marchar”...

Páez que oye, se detiene en frente; echa hacia atrás la melena ensortijada, se golpea el pecho con la diestra, “Dentro de una hora será de Usted”, exclama convencido, y echa a correr a toda prisa.

Bolívar no comprende, protesta. Bien conoce la temeridad y astucia del llanero, mas no imagina qué intenta para cumplir con tan formal promesa.

Pocos minutos de tardanza y Páez con trescientos lanceros que le siguen, se llega hasta la orilla gritando: “Debemos apoderarnos de esas

flecheras o morir. Sigán a **su tío** los que quieren” y se lanza a la corriente.

El momento fué supremo. Los minutos eran siglos de angustiosa expectativa. ¡Cuán preciosas unidades iban a perderse inútilmente. Cabezas de caballos y jinetes a flor de agua era cuanto podía verse mover entre las ondas. El fuego del contrario nada importa a los centauros que se agitan y que luchan y que avanzan... Ya llegan... La lucha es de momentos: forcejean con ímpetus feroces... tinta en sangre, pero la escuadrilla es suya como es suya la gloria de adquirir las en tan críticos momentos...!

¡Ese era Páez! Esos eran los fundadores de la República!

## X

“Al Libertador, que le devuelvo, sin menoscabo, la espada con que me honró un momento”.

**Pedro León Torres.**

Una de las notas características que más se distinguieron en la vida pública del Libertador Bolívar, fué la de prodigar el estímulo y de reconocer sin reservas, sin embages y sin egoísmos pueriles sus cualidades a todos y a cada uno de los que componían la pléyade gloriosa que militó bajo sus órdenes.

La odisea sin precedentes, llevando en luctuosa peregrinación, de Valencia a Caracas el corazón de Girardot, caído en el Bárbula entre los pliegues de la patria bandera, sólo pudo ocurrírsele a Bolívar para enaltecer y glorificar, pe-

se a la jauría de escritores españoles y americanos que le improbó tal acto, la memoria del joven Coronel antioqueño.

El, Bolívar, el prototipo de la pericia y táctica militares, decía a Sucre en alguna ocasión: "Usted es el hombre de la guerra, yo soy el hombre de las dificultades".

A Santander, en 1825, cuando entre los dos grandes hombres reinaba la más franca armonía y cordialidad; cuando el alma sufrida de Bolívar no había sido acibarada todavía por la noche nefanda de Septiembre, decía: "Cuanto más considero el Gobierno de Usted, tanto más me confirmo en la idea de que Usted es el héroe de la administración americana. Es un prodigio que un Gobierno flamante sea eminentemente libre, y eminentemente perfecto y eminentemente fuerte. Es un gigante que marcha al nacer, combate y triunfa. Este gigante es Usted. Es una gloria que dos de mis amigos y segundos hayan salido dos prodigios de entre las manos. La gloria de Usted y la de Sucre son inmensas. Si yo conociese la envidia, las envidiaría... Usted es el hombre de las Leyes...!"

Cuando a oídos del Libertador llegó la infausta nueva de la prematura desaparición de Córdoba, acongojado y en el colmo del pesar exclama: "¡Córdoba! ¡Córdoba! mi Efestión, mi amigo, mi valeroso Ney! Una gota de su sangre valía más que todos sus enemigos..."

Y cuando supo de Abdón Calderón, el soldado niño, que mutilado y glorioso, con hechos de leyenda, "cayó como una pálida flor que se dobla, blanco como un lirio que se marchita en un lago de sangre y que entrega su grande alma en Pichincha", Bolívar ordenó que la Compañía del

Yaguachi, a que Calderón pertenecía, en adelante no tuviera Capitán, y que al reclamársele en la lista diaria, al no ser oído el “presente” reglamentario y sólo el silencio de la ausencia eterna se sintiera en derredor, toda la Compañía contestase: “Murió gloriosamente en Pichincha, pero vive en nuestros corazones”.

Y si esto hacía con los Oficiales de categoría, ¿de qué no sería capaz, tratándose de hidalguía, con Oficiales medianos?

Pero si así estimulaba, también en el castigo, cuando las circunstancias lo exigían, era inexorable y rígido.

Bolívar está indignado. Su semblante contraído; sus puños crispados, su mirada vivaz, su mandíbula temblante, denotan el malestar de que está poseído. Una orden suya, y de excepcional importancia, ha sido desobedecida. No puede en sus cavilaciones dar con la clave y con la causa justificable de tamaño desacato.

—“General Torres”, grita de improviso.

—A su llamado, General.

—¿De qué se trata? ¿Insubordinación acaso? No lo comprendo. ¿No le he mandado subir a aquella altura y tomarla al enemigo, sin almorzar la tropa, pues que de ello depende el éxito de la batalla? ¡Y Usted aquí!! Irrisión! Deponga el mando y entréguelo al General Barreto, quien cumplirá mejor que Usted las órdenes que se le den”.

—¡Libertador...!

—¡Nada!! replícale Bolívar.

¡Libertador! repitió Torres con energía: No he entendido. Si no soy digno de servir a mi Pa-

tria como General, la serviré a lo menos como granadero y esto nadie podrá impedírmelo". Tomó su espada y la rompió.

Vuélvese Bolívar, le mira complacido y quiere, sin decirlo, reparar la afrenta irrogada. A un hombre de semejante talla no puede castigársele con tal rigor; la Patria lo necesita. Toma su espada y se la entrega diciendo: "De la ocupación de aquella altura depende el éxito de la batalla. Tómela Usted a toda costa. Tome mi espada, que en las manos de Usted estará tan bien como en las mías".

Torres se siente anonadado con tanta gallardía y confianza. Enmudece, mira hacia la altura, y... a ella!

Puede figurarse la celeridad en el ascenso, el furor en la acometida y el coraje del pundonoroso Torres con aquel talismán entre las manos.

No es un hombre: es una hiena, es un león, una pantera, quien adelante va y arrolla y confunde al enemigo.

Es esta la batalla de Bomboná, ocurrida el 7 de Abril de 1822, que fué ganada por los patriotas.

¡Cómo no serlo! "Si eran titanes escalando el cielo", según frase de Don Basilio García, General en Jefe del vencido.

Torres cumple su encargo pero perece en la demanda. La herida que recibe borbota sangre y se escapa por ella tan preciosa existencia para la Patria. Pero muere tranquilo: su misión y su deber quedan cumplidos. Sólo le resta algo: hunde la mirada vidriosa en el vacío, escruta, desea algo; incoherentes frases musita, pero en un momento, su voz agonizante se deja oír, clara pero

trémula, que dice: “Al Libertador, que le devuelvo, sin menoscabo, la espada con que me honró un momento”. Fueron sus últimas palabras. ¡Qué noción del deber! ¡Qué historia más gloriosa, la historia americana!

## XI

“Mi General: si usted pone la mano sobre la flechera, primero que yo, se la corto”....

**Aramendi.**

Fué Francisco Aramendi un raro ejemplar de energía y heroísmo. Raro y admirable como lo fueron sus compañeros de las “Queseras del Medio”.

Porque haber sido actor en esta jornada casi mitológica y bárbaramente hermosa, de la independencia americana, es título bastante para considerarlo entre los inmortales y acreedor a la gratitud y admiración de los pueblos.

No hay en la historia del mundo hecho de armas que supere a la proeza que en la emancipación de las colonias de España en el Nuevo Mundo se designa con el nombre de las “Queseras del Medio”. Hecho es, dice un escritor, que nada envidia a los combates prodigiosos de la antigüedad, y que, en el tiempo aparecerá como robado a los dominios de la fábula.

Y Aramendi, en esta jornada se distingue, brilla por su osadía temeraria, por su arrojo inaudito, por su valor incomparable, y al lado de Páez, el terrible llanero, Jefe de la expedición, comparte los lauros de la victoria y los halagos del triunfo.

\*

\* \*

Físicamente, Aramendi era hombre fornido, de recia contextura, de músculos de acero, indómito como los potros de las pampas ardorosas y bravías. De alma grande y magnífica, pero dejábala impregnarse de pasiones bajas de emulación y de envidia.

Contemporáneo de Páez en su ingreso a las milicias, no podía soportar y ver con buenos ojos, sin mortificante escozor, la superioridad innegable que sobre él ejercía el intrépido llanero.

Páez, en cambio, sabía de cuánto era capaz su rival inconciliable y cuán valiosa unidad era para la causa de la Patria, y trataba, cuerpo a cuerpo, de domeñar su altivez y rebeldía y sin abusos de autoridad, volverlo por los caminos de la sumisión y del respeto.

Un día, Aramendi se presenta muy ufano en el campamento. Luce una camisa nueva y fina, muy aparente, piensa Páez al verle, para con ella revolcarlo en el polvo. ¡Pero cuán temerario tenía que ser y cuán fuerte, quien a tanto se atreviera!

Páez lo intenta. Pretextó algo importante en las afueras y dice al oficial: Salgamos a la sabana, pues tengo necesidad de tus servicios.

Aramendi le mira de arriba a abajo y sin decir palabra, apréstase a salir. Ya en el campo y acompañados por varios oficiales, Páez le dice:

—Vé a llevar este oficio a su dirección, sin pérdida de tiempo, pues es muy urgente.

—No llevo oficio a ninguna parte, contesta el aludido.

—¿Cómo que no llevas oficio? gritóle Páez furibundo: irás; inmediatamente te pones en marcha para estar de vuelta dentro de cuatro horas.

—Ya he dicho que no lo llevo. Ni obedezco ni voy a ninguna parte.

Páez se deja caer de su caballo, agarra al oficial de la pechera, le acogota con su mano de hierro, le impide todo movimiento y le grita: voy a matarte, insubordinado.

—Mátame, dijo Aramendi, con la mayor tranquilidad.

Entonces el Jefe se levanta estupefacto y maravillado de tal serenidad, guarda la espada y le dice: “a hombres de tu temple, de tu valor, de tus servicios, no se sacrifican así. Venga esa mano”.

Y sin decir palabra, se estrechan esas manos encallecidas por el hierro del fusil y de la lanza devastadora y terrible.

\*

\* \*

Estéril resultó la lección en el ánimo de Aramendi e inútil todo intento para amordazar sus instintos, volverlo al redil y aminorar su injustificable encono. Lástima que de tal manera llegara a cegarse uno de los más leales servidores de la Patria. Porque en lealtad y amor a su causa y en bravura para defenderla, nadie le rivalizaba.

Un día cayó en manos del enemigo, viéndose, como era natural, irremediabilmente perdido. Los realistas que conocían su valor y le ad-

miraban con delirio, trataron por todos los medios posibles, atraerlo con halagos y promesas a fin de que se afiliara y con ellos defendiera la sagrada causa de su Rey.

Aramendi, con subterfugios y astucias, hacía concebir esperanzas dejando, les decía, al tiempo que decidiera su resolución, puesto que ella no podía ni debía ser de improviso, porque siendo así, ellos mismos le despreciarían y con razón, por lo deleznable de sus convicciones y lo fácil de su conquista.

Debía decidirse y el plazo andaba cumplido. El problema que tenía delante era gordo y por demás escabroso: o destrozaba a sus compañeros y amigos y se afiliaba a la causa del Rey, o resolvía pasarse de nuevo a los patriotas. En este caso estaba indudablemente perdido, puesto que de verle algún intento de evasión, sería fusilado al instante. Cien ojos daban cuenta exacta del menor de sus movimientos.

En su interior sostenía una lucha de mil demonios: ¿traicionar a su Patria? ¡eso nunca! ¿Volver su lanza contra sus hermanos y camaradas?, antes la volvería contra su propio pecho. ¿Dejarse fusilar buenamente?, tampoco era decoroso ni tranquilizador!

¡Y había qué decidirse!

Mas, llegado el momento de la prueba fatal, nos cuenta Don Aristides Rojas, cuando de antemano se anunciaba uno de esos encuentros terribles entre los lanceros de Páez y los peninsulares, Aramendi fué colocado en la primera fila, entre dos oficiales que montaban buenos caballos y manejaban buenos sables. Bien comprendió el prisionero que aquellos hombres iban

a sacrificarle, si no atacaba, como ellos deseaban, a los lanceros de Páez. En vista del peligro, Aramendi concibe su plan, y al divisarse los ejércitos, los dos bandos se precipitan uno contra otro. Al grito del Jefe español: "Adelante"! Aramendi grita igualmente: "Adelante"!, compañeros adelante!!"...Ya van a chocarse los combatientes, cuando gritando a toda voz "adelante"!! y con velocidad increíble, derriba de un sablazo la cabeza de uno de los oficiales, e instantáneamente la del otro, y grita: "viva América libre", en el momento en que los suyos gritaban también "¡¡Aramendi!!, Aramendi!!" y se confundían en la pelea.

Voltear grupas y caer Aramendi sobre los lanceros españoles, derribando cabezas e infundiendo el espanto, fué obra de momentos. Así pudo el célebre llanero salvarse de un sacrificio al cual estaba de antemano destinado.

Así quedaba solucionada también la embarazosa situación y la lucha interior que entre un pecho patriota y temerario venía librándose, sin asidero posible en sus recursos intelectuales y que el azar de la guerra le deparó solucionar en un momento supremo de la vida.

\*

\* \*

Nueva y muy severa lección le fué precisa al incorregible lancero, pero como todo espíritu noble, reconocía su error sin delatarse, y nada más innoble manchaba su reputación y lealtad.

Vendría la hora del desquite que ansiaba en su corazón y que no tardó en llegar. Era un caso en que la suerte estaba echada: o moría el

primero, o sería el primero en la victoria que se preparaba y que a nadie permitiría le usurpase.

El enemigo estaba cerca; tan sólo se interponían las ondas embravecidas del Apure, pero cuán grande obstáculo y horripilantes eran ellas, cuando no había embarcación para domarlas y oponer a sus furores.

Bolívar desespera. Sus fuerzas hambreadas desfallecen y a su vista, en la opuesta orilla, una novillada tentadora, es resguardada por las fuerzas españolas. Siete flecheras en el río eran el incentivo, la salvación de los patriotas. Quitarlas al enemigo, pensar siquiera en ello, era suprema osadía, temeridad inaudita, utopía de cerebros delirantes. Era en resumen, una muerte inútil y segura.

—“Daría el mundo entero por apoderarme de la escuadrilla española, porque sin ella no podré pasar el río”, exclamaba Bolívar, con profundo despecho.

Páez que oye, lo mira; improviso concibe un plan, mira desafiador el lomo de las ondas y exclama: —“Eso de mi cuenta corre, General”, y se aleja a galope.

Bolívar no entiende la locura que pretende Páez.

\*

\* \*

Voces atronadoras hienden los aires para atemorizar a los caimanes que en el caso era el menor de los peligros. “Debemos apoderarnos de esas flecheras o morir” gritó a sus escogidos

y...al agua, sobre el lomo del corcel, de pavor encabritado, mientras Bolívar le grita: “usted es un loco”, “usted es un loco”. Cincuenta locos más siguieron al llanero; la lanza entre los dientes, nadando con un brazo, mientras el otro acariciaba el cuello a los caballos, para animarlos a luchar con la corriente.

Eso era el colmo. Los españoles miran y no pueden creerlo; ven al enemigo que se acerca de tal modo, que alcanza sus flecheras, mas se creen alucinados y disparan sin cesar sobre las aguas...

Páez va el primero, y cuando intenta echar mano a la primera presa, una voz de trueno, imperativa, le prohíbe: “Mi General: si usted pone la mano sobre la flechera, primero que yo, se la corto”...

Era Aramendi que cumplía su venganza!

\*

\* \*

“En el fondo del mal, el bien palpita”... Frase aquella, feliz que, aunque inspirada por celos muy humanos, era de un corazón muy grande, dispuesto siempre al sacrificio por los sagrados fueros de la Patria.

## XII

“Morir por morir—¿no es lo mismo en los cuernos de un toro que por cuatro balas?—De hoy a mañana, ¿cuál es la diferencia?...”

**José Ramón Escobar.**

No sólo en el ardor de los combates, en las luchas épicas de la emancipación, los soldados de antaño mostraron su hombría y varonil en-

tereza, su bravura y fraternal y recíproco cariño. Todos ellos sabían apreciar cuánto valían y cuánto significaban para la Patria las vidas de sus colegas y trataban por todos los medios posibles de sustraerlas de las garras enemigas, cuando el peligro era inminente, aun a costa de su propia sangre.

Cuántas veces se vió, en la espesura de un bosque, en la selva virgen, en los llanos ardorosos y desiertos, a un oficial que, valerosamente y sin reparos ni egoísmos, para correr a sí mismo las contingencias y peligros, ceder a su General la cabalgadura que montaba, para que salvar pudiera su vida antes que él, para que acelerara la marcha o se salvara primero, si era el caso, y más aún y con mayor anhelo si en ello iba en juego la suerte de la Patria.

Y si esto que hacían con el General era admirable, hacer con hermanos y compañeros, igualmente desventurados lo que vamos a narrar, era el colmo de la generosidad, conmovedor y sublime.

\*

\* \*

Era en las postrimerías del malhadado año de 1814 y comienzos del 15 en que la sangre patriota se hacía verter sin reparos y con lujosa prodigalidad por el furor de la reconquista y pacificación españolas.

Suntuosa era la fiesta. La vieja capital era obligada a sonreír, bajo el hervir de su despecho. Tratábase del regocijo español por el desca-

labro de una jornada de los “rebeldes patriotas”.

Y como no había de faltar la clásica fiesta española, el más atrayente de los números, era la gran corrida de toros.

Mas, como el mismo General Morillo habría de presenciara, a la ciudad fué traída por los picadores, la flor de la dehesa.

Cercadas las esquinas, una multitud clamorosa, esperaba con ansia el momento de la lidia.

Un soberbio ejemplar fué suelto en media plaza. Furioso y sediento de sangre, levantaba el polvo con la pezuña inquieta y a donde quiera que sentía movimiento, se iba su mirar, enhiesta la cerviz, desafiadora y terrible.

Nadie, osado, intentó salir, ante la idea de una muerte cierta, dejando entre las astas, los miembros palpitantes.

En el más vistoso palco, Morillo reventaba de impaciencia.

En la mazmorra oscura y fría de su prisión, maniatados con pesados grillos, once patriotas condenados a muerte por el delito de serlo, esperaban resignados sus postreras horas.

A través de las rejas, su abatido espíritu, participaba también por un momento, de los regocijos populares.

Una voz aguda turbó el silencio, repercutió cárcel adentro y salió a la plaza: “¡Magnífico toro!!” gritó el más joven de los prisioneros moribundos.

Pletórico de vida y entusiasmo, casi un niño, su momentáneo alborozo fué reprobado porque su alegría podría causar daño a sus otros compañeros.

Vaya!! repuso el interpelado: mientras vuelan las horas, es preciso que las que nos restan de vida pasen lo mejor posible...

Afuera, en la plaza, el toro continuaba siendo el pavor de todos, no habiendo quién desafiar pudiera su furor.

¡Toreros cobardes! gritó de nuevo el joven prisionero. Si Morillo quisiera concederme una gracia, yo, sin capa y con los grillos puestos, me burlaría del bicho.

¡Locura! dijeron a una los infortunados presos. ¿Cómo te atreves?

—“Morir por morir, repuso, ¿no es lo mismo en los cuernos de un toro que por cuatro balas? De hoy a mañana, ¿cuál es la diferencia?”

El Oficial que hacía la guardia, asombrado, propuso al preso llevar hasta Morillo la propuesta y consentido en ello, volvió más que de prisa.

Concedido, dijo, siempre que en vez de uno sean dos los grillos que deben maniatarle.

¡Convenido!! y extendió las endebles canillas.

Rápidamente circuló la noticia. Una ansiedad creciente se adivinaba por todas partes. Unos compadecían al pobre preso, otros ansiosos esperaban el desenlace fatal de la tragedia, pero todos desconfiaban de que se llevara a efecto.

Todas las miradas se dirigían a un lugar preciso. Improvismo todos callan; acelerada palpitación hace vibrar los pechos y un murmullo de piedad se oyó por todas partes. Corridos los cerrojos, la puerta de la prisión dió paso a un joven que, tambaleante, casi no podía moverse por el par de grillos que llevaba puestos. En la diestra una banderilla y en la izquierda un pe-

queño bastón que le ayudaba a no caer. Pocos momentos después estuvo en media plaza.

Verlo el astado animal y abalanzarse sobre él, todo fué uno. Terrible instante aquél, de suprema ansiedad, en que un hombre inerme, evade milagrosamente y por tres veces, el embate furioso de una fiera.

“Era la estatua del valor heroico que desafiaba la muerte con la sonrisa en los labios”. En la tercera arremetida el hombre hirió con fuerza, hundiendo en el morrillo la débil banderilla. El animal huyó bramando de rabia y de dolor, y como un sér racional que reclamara justicia, dirigióse hacia el palco de Morillo.

Roma la pagana, su Circo, todos los excesos de crueldad, la fiera que lamía la sangre de la víctima que caía pero luchando en franca lid, todo, todo afluyó en aquel instante a la mente de los bogotanos que levantaron un grito de improbación y de protesta.

¡¡Entradle!! ¡Salvadle!! se oyó por todas partes.

Y sin advertirlo, el héroe se encontró salvado, sobre las barreras, entre lluvia de flores y gritos de alegría.

—“Te concedo vida y libertad”, gritó Morillo desde el palco.

—Un momento, General: usted me concedió una gracia.

—¿Cuál es, pues? le replicó el caudillo.

—La vida y libertad de mis compañeros, contestó el preso con tranquilo acento.

—¡Imposible!

—Volvedme entonces de nuevo a mi prisión, dijo resuelto.

La voz del pueblo se oyó al momento pidiendo la libertad y la vida. Y entre el frenético alborozo de la multitud ¡Sea! gritó el español con desdén y con despecho, al reclamo de la dama que le acompañaba al lado.

¿Y cuál fué el hombre que de tal modo, tan valerosa y tan gallardamente, en un instante supremo, salvó dos veces su propia vida y la de sus infortunados compañeros?

José Ramón Escobar, más tarde General de la República.

### XIII

“Mi General: cogiendo a su traído, un guen prisionero”.

Pedro Martínez.

La tierra, pisoteada y herida de un modo inusitado y violento, mostraba bien a las claras que había sido sobre ella el teatro de graves acontecimientos, que habrían de quedar indeleblemente grabados en la memoria de los pueblos.

Pero ¿qué era ello, que de tal modo turbaba la paz octaviana y secular de las vírgenes montañas?

Desde los altivos conquistadores, nadie, a no ser los inocentes colonos, había osado turbar el silencio que reinaba en la comarca, aquéllos a brazo abierto en pugna con los aborígenes, éstos, con el himno sagrado del trabajo, regando el surco con las gotas perladas de la frente, para llevar luégo a los emisarios de su Rey y señor las alcabalas y lo demás que su deber de súbditos leales les imponía.

Mas... algo grave sucedía por todas partes: ya la brisa no traía el aliento de los azahares y de las albahacas silvestres sino que venía portando oleadas de humo, olores a pólvora y a carnes putrefactas. Era indudable que algo anormal y tremendo acontecía en la apacible vida colonial. Pero fuera ello lo que fuese, bastaba para colmar de ansiedad a los sencillos colonos.

Era en los callados campos de Boyacá.

Pasó el tiempo, mas un día... la fuerza batalladora de dos pueblos que se disputan a muerte su hegemonía y su derecho, allí se encuentran frente a frente. Viejo león de Iberia, enfrentado al cachorro que había nutrido y le encuentra con musculatura de hierro y listo, ya mayor, a conquistar el derecho de ciudadano que legítimamente le corresponde en el rol de las Naciones. Y la lucha es evidente y se inicia con furor indeclinable.

El cóndor asentado sobre el pico de la roca milenaria huye aterrorizado y medroso.

El piafar de los caballos de guerra; el ir y venir de los soldados, la voz airada de unos, la confusión de todos; la voz de mando de los Jefes, los fuegos que se rompen, las víctimas que caen y se retuercen y gimen en dolorosa agonía, la metralla y el cañón que hacen vibrar desde su base de granito las erguidas montañas, la desolación y el estupor reinantes, dan bien a entender que se trata de una de las contiendas decisivas que ha de registrar la historia americana. Nada importa que las fatigas y los miembros ateridos de los pasados días de amargura hayan menguado la potencia del probable vencedor; nada importan los harapos en que se envuelven sus

carnes tostadas por soles tropicales y aniquilados por el frío de los páramos andinos, si en el corazón arde la hoguera de la libertad, la abnegación y el sacrificio.

Trátase de la batalla de mayor trascendencia, no cabe duda, en los anales de la patria historia, y hay que ganarla, cueste lo que cueste. Redoblan los esfuerzos entrambos combatientes.

Bolívar y Barreiro son el alma de la lucha; Santander y Jiménez, los nervios vigorosos que de uno y otro bando forcejean por hacer suya la victoria. Otros no menos valerosos se disputan, al lado de sus Jefes, el puesto de los inmortales. Vencer o morir, es el dilema irrevocablemente planteado. “Rápidamente, dice Blanco, se extiende la batalla por toda nuestra línea y alcanza en breve tiempo la mayor intensidad. . .

Barreiro se sostiene a pie firme; su artillería bien dirigida, y el fuego incesante de su veterana infantería, barren y abrasan la prolongada falda de la meseta a donde intentan subir los batallones **Rifles** y **Albión**, empujados con furia por Anzoátegui.

La metralla abre claros en los cuerpos patriotas, los corta, los revuelca, y detiene algún tiempo el pertinaz empuje de nuestros batallones; empero, no se desalientan nuestros bravos soldados, antes bien, se enardecen; y en el revuelto torbellino del combate aumenta su osadía la presencia de Anzoátegui que impávido y magnífico, en medio de la lluvia de proyectiles que rebotan bajo los pies de su caballo, cautiva y estimula con su intrepidez incomparable.

Con visible satisfacción sigue el Libertador los movimientos progresivos de aquellos cuer-

pos de la segunda división republicana que combaten el centro del ejército español: y al mismo tiempo que ordena reforzarlos con los **Bravos de Páez**, refrena la impaciencia de los escuadrones de su guardia que ansían a todo trance formar parte en la lucha.

“¡Quietos!! no es tiempo aún”, contesta a las insinuaciones repetidas de los Jefes de su caballería; ‘dejad que Anzoátegui quebrante al enemigo y se cubra de una gloria tan merecida como gallardamente solicitada’.

Acrece el fuego y el fragor de la contienda: como sordo bramido, se dilata entre las quiebras de los Andes la inmensa respiración de la batalla; fragorosa descende como el alud a los profundos valles; penetra en lo recóndito de las cavernas, vibra en las altas crestas de los montes y va por los bosques de tumbo en tumbo recorriendo la vasta cordillera, a llevar a la América el anuncio del día, por siempre memorable del nacimiento de Colombia!...”

\*  
\*   \*  
\*

Un acre olor de contienda impregnaba el ambiente, saturado antes de olor virgen de montaña.

Las charcas de sangre fresca aún no habían sido totalmente absorbidas por la tierra sedienta y reseca por el sol del medio día.

Uno que otro tiro, perdido y solo, repercutía en la hondonada y el riachuelo, silencioso, seguía impassible el curso eterno de su destino.

La sombra caía lenta y pesada y sobre el cielo empezaban a asomarse las primeras estre-

llas para mirar aquel campo de redención y de muerte.

Ayes de dolor rodaban perdidos entre la maraña y nada más turbaba ya la soledad agreste de los contornos.

Los restos españoles andaban dispersos. El General victorioso tomaba razón de sus soldados y lamentaba en su corazón las unidades perdidas en la refriega.

Nota que le faltan dos valientes, mas él presume que no hayan perecido. Pero ¿qué es de ellos? Llama, impreca impaciente, mas nadie de ellos le da razón satisfactoria. No estarán lejos. se dice, y los aguarda.

En efecto, ni lejos estaban ni su tardanza inútil.

Pedro Martínez y el negro José, después de la batalla, revisan el campo. Detrás de unos barrancos sienten un pequeño ruido y notan que la maleza se agita suavemente temblorosa al propio tiempo que alguien intenta evadir a sus miradas. Allá van, y a dos de sus contrarios encuentran frente a frente. Sacan éstos sus espadas y José da cuenta de uno que intenta herirle con su lanza. El otro ha sido rendido por Martínez.

—¿Quién es él? “Tóma dinero y déjame partir”, le dice suplicante.

—¡Nada! dice Martínez: “siga adelante y si no, lo arreamos!”

Un momento después, Martínez y José, ante Bolívar se presentan, quien severo les pregunta: “¿Por qué no estaban aquí a recibir el muchacho? (así se llamaba el caballo goajiro que

el Libertador montaba). ¿En dónde y qué estaban haciendo?”

—“Mi General, cogiendo a su traído, un guen prisionero”, contestó Martínez presentándolo.

—“¿Quién es usted?, preguntó Bolívar, con la celeridad del rayo”.

Antes de contestar, le miró a los ojos, como es costumbre entre caballeros castellanos:

—“Soy el General Barreiro—, contestó con dignidad”.

Bolívar le miró respetuoso y ordenó ponerlo a la cabeza de mil y tantos prisioneros y que fuera tratado con las mayores consideraciones.

Y volviéndose a Martínez le dice:

—“Muy bien, Sargento Martínez; tendrá usted cien pesos de gratificación”.

#### XIV

“Reclamo mis cosas, amigo, que donde hay engaño no hay trato!...”

Rafael Cuervo.

La Vida. La Muerte. ¿Qué era esto para quienes abandonaban hogar, familia, heredad, todo, para ir a ofrendar la propia existencia al bienestar y libertad de la Patria y a cubrirse de gloria en los campos de batalla?

Eran para ellos dos palabras más o menos significativas, más o menos sonoras, con sonoridad suave la una, terrible la otra, pero al fin y al cabo, “palabras”.

La primera, con sus halagos, con el natural apego con que a ella nacemos, era echada de menos con su halagüeño significado, y la segunda,

con el natural terror que inspira, era saludada todos los días, y desafiada estoicamente, como si se tratase de la cosa más natural del mundo.

¿La Muerte? Poca cosa era para ellos al acercarse fatídica, terriblemente visible en un oscuro calabozo, cuando por el furor insano, por la pasión maleante o cuando la equívoca necesidad de la guerra lo exigía, se veían puestos en capilla para pagar al día siguiente, con la vida, un leve proceder en las milicias o el haber perdido una batalla y caído en manos enemigas.

\*

\* \*

Rafael Cuervo, Coronel patriota, grado adquirido a fuego y sangre, fué desde su más tierna edad decidido partidario de la causa independiente. Desde el memorable 20 de Julio de 1810 empezó a luchar y en 1812 y 13, bajo las órdenes de Nariño y de Baraya, asistió con honor a las batallas iniciadoras de la Independencia.

Arrojado como pocos, valeroso y audaz, y de una admirable sangre fría, dió la mala suerte de que cayera prisionero de Sámano, con José Hilario López, Mariano Posse y Alejo Sabaarín.

Era táctica muy corriente de los realistas que cuando tenían **recargo** de prisioneros para fusilar, los "quintaban", es decir, formábanlos en grupos de a cinco para sortearlos y al **favorecido** de cada grupo, le daban su respectiva contraseña. Y eran buenos los lotes y el rendimiento que obrando así, reportaba el **trabajo**.

A Cuervo le **cayó encima un quinto**, y con los compañeros antes dichos, fué puesto en ca-

pilla para ser irremisiblemente fusilado. Sin inmutarse y con inaudita serenidad hizo el reparto de sus bienes, a quienes formarían la escolta que habría de dispararle, con la expresa condición de que le apuntaran bien y no lo dejaran penar y salir del trance **con toda felicidad** y lo más pronto posible. A su compañero de prisión Manuel Santa Cruz le hizo la donación de unos pantalones y una almohada, prendas de que le daría posesión cuando el **negocio** del fusilamiento ya se hubiera efectuado. Luégo tomó la boleta en que constaba su sentencia de muerte, la llenó de tabaco menudo y envolviéndola a manera de cigarrillo, la encendió y empezó a fumar diciendo: “Esta es la suerte que merece este papel y los que me condenan a morir” (\*).

Ninguna diligencia llevaron a efecto los sentenciados para obtener el indulto; sabían que todo era inútil y se dispusieron a morir tranquilamente.

\*

\* \*

Pasaron las horas: un fúnebre cortejo pasaba por en medio de una multitud que curiosa y delirante compadece a quienes van a morir dentro de poco.

---

(\*) Ramón Azpurúa, en sus “Biografías de Hombres notables, página 500, Tomo 2, apunta estas palabras como del General José Hilario López:

Scarpetta y Vergara, en su Diccionario, página 120, nos las dan como de Cuervo. Nosotros acogemos el último concepto, porque es voz autorizada y porque más conviene a nuestra narración.

Cuatro hombres siguen con paso lento al lugar del sacrificio. Miran de soslayo, se despiden de sus amigos y un rictus de supremo heroísmo, una sonrisa doliente contrae sus rostros demacrados.

Y es natural que en el alma de aquellos valientes ejemplares se librara una interna batalla de dolor...

Morir tan lejos de su hogar, de sus caros afectos, de su suelo nativo, y sin ver decidida la suerte de la Patria... ¿Será libre? ¿No lo será? Desesperante incógnita, incontestable en aquellos momentos de angustiosa agitación y desbordantes excesos.

Y ahora que va a perder esa Causa unos brazos que la sirven con amor, que sufren el rigor enemigo en su homenaje y que la llevan como algo de su carne y de su sangre dentro del corazón!

Pero así lo ha querido el Destino y es fuerza obedecerle ciegamente.

El cortejo ha terminado el camino. Como en nuevo Gólgota, cuatro cadalsos vacíos esperan a las víctimas que han de colgar de sus brazos escuetos.

No tardan ya: Suben sin trepidar. La Muerte acecha y con su mano helada apretará muy presto...

De improviso todos callan. ¿Qué es lo que ha pasado? Nadie lo sabe. Se miran los curiosos, vociferan, gritan. Hay rostros que sonríen satisfechos y también los hay ¡corrupción!, que han lamentado la decisión inesperada.

Sámano ha ordenado suspender la ejecución y llevar a los presos de nuevo a su prisión. ¿Qué

ha sido eso? Todos lo ignoran, pero la orden está dada y es preciso cumplirla.

Cuervo queda impuesto, no se perturba su rostro, ni su espíritu se inmuta por la disposición inesperada; da un brinco, corre, se adelanta y ya en prisión grita desaforado: “¡Santa Cruz! ¡Santa Cruz! mis pantalones!

Este se cree alucinado: alma del otro Mundo a su amigo creía ya y no responde. “¡Mis calzones, mi almohada! Te reclamo mis cosas, porque donde hay engaño no hay trato!” gritó de nuevo Cuervo. Ya te las daré en una nueva ocasión le dijo y se oyó una estridente carcajada!...

\*

\*   \*   \*

Hombres excepcionales eran esos, que veían la Muerte como algo secundario y que se entregaban a la Causa de sus simpatías en cuerpo y alma y morían con la sonrisa en los labios, en la convicción firme de que sus cenizas serían vengadas por los que venían atrás con los mismos ideales y los mismos anhelos.

## XV

“Lo entregaré al hermano, señor: puede usted morir tranquilo”.

**Ambrosio Plaza.**

¿Venganza personal? Eso sí que no era lo que a la mayoría de los independientes intrigaba cuando peleaban como buenos para conquis-

tar en franca lid la emancipación que justamente pretendían. Bien es cierto que dispersos y disgregados andaban los miembros de Pedro Antonio Galán, Isidro Molina, Lorenzo Alcantuz y Manuel Ortiz, vilmente sacrificados en 1782, primeras unidades en el martirologio de la independencia granadina, mas todo ello debido a la sevicia y crueldad de los Virreyes. Porque no fué ciertamente la Madre Patria la directa responsable de los abusos y arbitrariedades, de los desafueros y execrables proceder de muchos de sus enviados, puesto que ella con escogencia solícita, procuraba enviar agentes razonables, humanitarios y buenos, pero muchos de ellos, amparados por la distancia, por las tardías comunicaciones y por tántas circunstancias favorables a la impunidad, dejábanse llevar de la codicia y de la corruptela, hacían su agosto y abusaban ilegalmente de la autoridad de que venían investidos y trataban inicuaamente a los pobres colonos, abusos que en los espíritus altivos y tristemente amordazados, caían como hierro candente en el corazón.

Durante los años de guerra fué menester apelar muchas veces a severas y dolorosas medidas para contrarrestar a emulaciones malsanas que harían derrocar en un momento lo que tántas vidas y sacrificios, privaciones y dinero había costado. Recuérdese la conclusión dolorosa a que hubo que llegarse con Piar el revoltoso, con Fernández Vinoni, el traidor y con tantos otros disociadores elementos, cizaña que había que aventar del lozano huerto de la liberación.

Mas cuando una de estas dolorosas medidas llevábase a efecto, otra venía, generosa y

noble, a pregonar hasta dónde eran magnánimos algunos de los campeones de nuestra libertad.

\*

\* \*

Algo más de un par de meses habían corrido desde la gloriosa batalla de Boyacá. Como es sabido, una de las mejores proezas que se llevaron a cabo en la memorable jornada, fué la de Pedro Martínez, quien después de pasada la refriega, fuese husmeando como fino lebrel, hasta dar con la **gran presa**: agazapado bajo el puente, se encontraba Barreiro, General en Jefe de las fuerzas derrotadas y cuando ya creíase libre porque casi anocheecía, lo atrapó aquel bravo compatriota y lo presentó ante Bolívar como el mejor de los trofeos.

Fué, como era natural y como lo exigió el mismo Libertador, conducido con las consideraciones debidas, a Santa Fe, a engrosar el número de prisioneros de guerra, en donde permanecería hasta que el fugitivo Sámano se dignara contestarle una nota en que le solicitaba el canje de prisioneros: oficial por oficial, soldado por soldado, individuo por individuo.

El póstumo Virrey no estaba para salvar a otros: preciábale más su propia salvación y guardó el más absoluto silencio a la propuesta generosa que le hacía el vencedor.

¡Cuánto habría de pesarle la descortesía, de haber sabido que era ella la sentencia de muerte de las más valiosas unidades del Rey a quien representaba!

Bolívar andaba lejos, preocupado de nuevo por la suerte de su cara Venezuela.

Mientras tanto, en conciencia de Santander estaba bien que Barreiro y los suyos debían inmolarse, toda vez que no estaba para conveniencias y embarazosas esperas, queriendo además descartarse del estorbo y el 10 de octubre ven República, y con omnímodos poderes, orde 1819, como Vicepresidente que era de la jodenó maniar a cada uno de los cuatro presos de categoría con pesados grillos e hízolos poner en capilla para fusilarlos luégo.

Santander, dañado tenía su pecho contra Barreiro desde la acción de Bonza, cuando éste, sin atender a razones, y sin miramiento alguno de humanidad, con el sentimiento general de la tropa y del propio Santander cómo Jefe de ella, había inmolado a treinta y cuatro independientes que en mala hora cayeran en sus garras!

¡Ironías de la vida! Ya era él, y distinguidos oficiales y parientes suyos, quienes estaban a merced de quien podía y quería lavar con sangre la sangre derramada.

El 11 de octubre al medio día, cuenta el historiador Calle, “salían trabajosamente cuatro hombres, que comenzaron a arrastrarse hacia el lado opuesto de la plaza, con indecible trabajo, porque los grillos que llevaban a los pies les quitaban la libertad de acción. Sostenido por dos de sus desgraciados compañeros, camina despacito un joven alto, bello, pálido, en cuya blanca frente pega el sudor de angustia los rizos de su negra y espesa cabellera. Brilla en sus ojos una tranquila resignación, plégase su boca en sonrisa desdeñosa y hace esfuerzos por mantener erguido y en actitud militar su airoso cuerpo. No puede: los padecimientos del en-

cierro, los despechos de la derrota, aquel súbito derrumbamiento de sus esperanzas de libertad le han agobiado; y no obstante su probado valor y las energías de su edad florida, avanza como un anciano valetudinario... Ese joven es el General Don José María Barreiro, el Jefe realista vencido en el puente de Boyacá. A su lado marcha su segundo, el Coronel Jiménez y dos oficiales, sus parientes.

Así cruzan el ancho cuadrilátero, en medio de una doble fila de soldados. Menos odiados sus treinta y cuatro compañeros, marchan al patíbulo, aliviados de hierros”.

\*

\* \*

El Coronel Ambrosio Plaza, patriota valeroso, mal de su agrado, es quien dirige la “parada” que ha de ejecutar la sentencia. Mira en derredor y su mirada se detiene estupefacta y compasiva.

Alguien le llama.

Se acerca al punto y oye conmovido al desdichado reo que casi solloza en su oído... Es un corazón que ama y es amado... allí aletea el Amor, pero en qué circunstancias!... Una lágrima rueda quemante por la mejilla sudorosa y pálida y de sus labios trémulos brota una expresión suplicatoria:

—Coronel Plaza, agrega el desdichado: iba a casarme cuando la desgracia me ha sorprendido... Ruego a Usted se sirva entregar a...—y en secreto murmura un nombre—este medallón, que es el retrato de Ella. El es su hermano y sirve a sus órdenes”.

Y del pecho trepidante por la emoción, con el supremo desconsuelo de quien está próximo a morir, tira nervioso, como queriéndose arrancar el alma, un pequeño medallón que mira y besa una y mil veces, murmurando: “Adiós, vida mía, ¡bien mío!, no te olvides de mí, y sé más feliz de lo que yo lo he sido! . . .

—¿Estamos, Coronel Plaza?

—“Lo entregaré al hermano, señor, puede usted morir tranquilo”, contestó éste, volviendo bridas al brioso corcel que cabalgaba.

Y con profunda pena compadeció en su corazón a quien así sufría, complaciéndose al darle, generoso, una limosna de cariño y un caritativo consuelo en la hora postrera, a quien un día midió con él su acero vengador en la batalla.

## XVI

“Este es mío, servidme de testigos”.

**Manuel Pontón**

¿Quién, con tanto ardor y celo, reclama su dominio, cual si se tratase de un preciado tesoro?

¿Quién, jubiloso, reclama en aquellos momentos supremos, oculares testigos, para que ratifiquen su hallazgo y certifiquen su legítima propiedad? . . . .

Hubiera visto, por resquicios ignotos, las soñadas posesiones de un nuevo “Dorado”, y de seguro su entusiasmo y alegría no habrían rebosado hasta tal punto.

Un joven bogotano de no muy alto grado

militar pero con idéntico bullir en la sangre al de los Grandes Capitanes, era quien en la batalla de Ayacucho, en lo más recio de la gloriosa lid exclamaba: "este es mío, servidme de testigos".....

Así dijo; y a horcajadas sobre un cañón, humeante y negro como la misión que venía desempeñando, hizo de él risible cabalgadura.

Inutilizadas quedaban ya por la proeza, aquellas fauces de acero que con saña implacable venían haciendo blanco en la humanidad de los patriotas.

Al nombre de Manuel Pontón respondía este valeroso campeón de la libertad, "quien sin otro interés que el de la Patria", ejecutó la hazaña gloriosa que narramos, hizo la campaña del Sur y peleó gloriosamente en Pichincha.

Oigámos las hermosas palabras de Osorio Lizarazo, en relación al heroe que nos ocupa: "pero aquel hombre, que se baté como un león, cuyos ojos están sanguinolentos, cuya boca está cubierta de espuma, aquel sargento, que pelea como el más noble de la mesnada, no ha querido capturar aún a ningún soldado. Sus bríos y su valor requieren una presa de más valía..... De repente observa un cañón español tenazmente defendido. Los patriotas que intentan apoderarse de él perecen en la demanda. Y ciego, el sargento, se lanza. Salta a horcajadas sobre el monstruo de hierro. Dispersa a los valientes que se agrupan a su alrededor y con voz ronca prorrumpen en un grito de triunfo: "éste es mío, servidme de testigos".....

“Y fué suyo. Fué suyo el cañón caliente aún por el fuego que había vomitado. Y el arma poderosa se doblgó bajo su cuerpo, como si sintiera la pesadumbre de la gloria de su conquistador. Y la figura de aquel centauro con pies de hierro y con el busto erguido y sangriento, dominó durante breves instantes el panorama trágico de la batalla. Ese chalán de cañones que inmortalizó su nombre, hasta el punto de requerir a un Homero para contarle, era un humilde zapatero de Santafé, de apellido Pontón”.

\*

\*

\*

¿Qué móviles inducían a los patriotas, grandes y pequeños soldados, a jugar en todo momento con su propia existencia? El amor entrañable y desinteresado que profesaban a su Patria esclavizada.

Y como el Padre de esa Patria que en común defendían, era blanco de libelos y de insultos, ¿vibrarían en los oídos de Pontón y trataría de vengarlas hidalgamente, las desmedidas palabras de Sámano?

El 8 de noviembre de 1819, en Cartagena, este pobre desterrado, desahogaba sus iras diciendo a sus prosélitos: “Sóis descendientes de aquellos héroes que con tanto entusiasmo defendieron los muros de Cartagena. ¿La dejaréis perder en el día, a la vista de un pirata, de un verdugo, con un puñado de bandoleros?”

‘Vuestros hermanos de Zaragoza están ya coronados de laurel y cubiertos de gloria por

la derrota de los satélites del sicario Bolívar: este traidor impuro que se ha coronado Emperador de la Nueva Granada.

‘Desbaratemos sus hordas.....’”.

¡Cuán ostensible era el despecho del fugitivo Virrey!

¿Cuánto había que correr y cuántos dolores de cabeza que soportar por causa de tales piratas y tal caterva de vandalaje?

¡Que lo dijera él, que bien sabido lo tenía!

## XVII

“Señor, la Codicia!...

Yo había notado que todo el mundo iba a la guerra sin camisa y sin una peseta y volvía después con uniforme muy bonito y con dinero en el bolsillo...”

### Camejo

Quien quiera que haya seguido con verdadero interés y entusiasmo el conocimiento de las grandiosas jornadas emancipadoras y en su estudio haya trasmontado nuestras fronteras patrias, encontrará sin duda un nombre que figura y habrá de figurar en la historia de hispanoamérica al lado de los más vistosos capitanes: Pedro Camejo.

Y habrá de ser así por la justicia, porque es nuestro deber ineludible hacer que resalten vívidamente, depurados ya por el fallo justiciero del tiempo, y sin miramientos de linaje ni capacidades intelectuales, a los que surgieron de la hampa y que en sus caóticos cerebros

no podían albergar el ideal político por el cual ofrendaban sus vidas en los altares de la Patria.

A muchos de ellos no les guiaba ni la soberanía de su país, ni la tranquilidad colectiva, ni la hegemonía de un Gobierno, cualquiera que él fuese, sino un mero sentimiento de codicia, de merodeo y de botín.

Pero cuando la luz de una antorcha vivificadora les marcó el recto camino y los encaminó hacia el ideal de una Patria libre, vieron claro y se trocaron en los irrevocables defensores de su Causa.

Era "El Negro Primero" como sus propios compañeros le llamaron, nacido en Venezuela, esclavo de D. Vicente Alfonso, potentado del Apure. Puesto al servicio del Rey por voluntad de su amo, fué temido rival y poderoso contendor de Páez en Araure.

Pero en su corazón el negro reprobaba la causa que defendía, y oculto, después de la victoria del Yagual, se presentó a ofrecer su valioso contingente a la causa de la República.

No ignoraba él que Bolívar pronto habría de llegar a reunirse a la tropa de que hacía parte, y temeroso de que supiera que había servido en las fuerzas contrarias, mostró mucho recelo y pidió a sus compañeros la más rigurosa discreción y que por nada fueran a delatarle.

Muy al contrario de su deseo, con mayor entusiasmo le hablaron de él al Libertador, haciendo ostensible su inimitable arrojo y arden-

tía en la lucha, su fuerza hercúlea e indómita bravura.

Bolívar le hizo comparecer y luégo de mirarle con maliciosa sonrisa cariñosa, preguntó-le qué móviles le habían ingresado voluntariamente en las fuerzas contrarias a su Rey, a lo cual contestó con la mayor tranquilidad: “Señor, la codicia”.

¿Cómo así? le replicó Bolívar.

—“Yo había notado, continuó, que todo el mundo iba a la guerra sin camisa y sin una peseta y volvía después con uniforme muy bonito y con plata en el bolsillo. Entonces yo quise ir también a buscar fortuna y más que nada, a conseguir tres aperos de plata, uno para el negro Mindola, otro para Juan Rafael y otro para mí.....!”

Muy divertido, con su lenguaje sencillo y burdo, con sus inocencias y sandeces, daba a sus compañeros horas alegres bajo aquellos cielos inclementes.

El primero en la pelea, con el vigor innato de su raza, después de acompañar a Páez en las cuasi mitológicas Queseras, sucumbió encontrado por la primera bala que hendió los aires en Carabobo, la jornada *cisiva*, como él decía y que en verdad lo fué para su Patria. lleno de gloria y dejando a Bolívar y sus Jefes el más profundo dolor por su ausencia.

Cayó vencido por la Muerte, quien nunca trepidó ante ella, regando con su sangre generosa la tierra calcinada que la tragó sedienta, de quien escaló la cumbre de los inmortales.

## XVIII

“Guarda tu protección para quien te la solicite. Si la suerte de la guerra me pone en tus manos, ahórcame en buena hora. ¿Qué me importa?...”

Vicente Tur.

Bajo un mismo cielo y bajo la misma solicitud materna e inculcados por igual los mejores sentimientos, así se deslizó tranquila y apacible, en tierras de España, su Patria, la vida infantil de aquellos dos hermanos que habían de separarse luégo, llevados por el Destino, a compartir en tierra extraña y en opuesto campo de acción, los amargores y los azares de una guerra de reivindicación.

Juntos por todas partes, repartíanse las golosinas y cuanto podían atrapar en sus rapacerías infantiles. Mas no era extraño que en algunas ocasiones los pequeños difirieran, porque sus caracteres, modelados de idéntica manera, no podían, porque así habían nacido, avenirse siempre, y se turbaba momentánea, la paz que habitualmente imperaba en el alma de los niños.

Llegó la mocedad y con ella la partida fatal, separación que sería quizá para siempre, sintiendo recíprocamente el amargo interrogante de su futuro destino.

No volvieron a verse. Pocas o ningunas noticias tuvieron el uno del otro y ¡cuántas veces, habían llorado a solas la amargura de la ausencia!

\*

\* \*

El uno da en tierras de América; forma hogar y hace suya la causa que pugna con entusiasmo, en lucha de titanes, por desasir el poderío español; el otro se engolfa en las milicias y ahincadamente coadyuva con su brazo y con su cargo, para conservar la hegemonía y las posesiones del Rey en América del Sur. Ambos obran honradamente, como lo sugieren sus ideas y sus innatas simpatías. Y sin saberlo, en opuestos bandos y con diversos ideales, disparan el fusil y derraman a torrentes, sangre que se formó en el mismo seno y siegan vidas que se fundieron en el mismo molde maternal.

\*

\* \*

Es en el campo de Ayacucho. El Perú será libre. Cerrado quedará el paréntesis de lucha y el sol de España se eclipsará para siempre en el Mundo Americano. Merced a esfuerzos sobrehumanos, los patriotas han conservado al menos sus primitivas posiciones. El español tiene hasta el momento la mejor parte en la lucha, pero la libertad tiene todavía quien le ofrezca vidas y sacrificios y sobre todo, bárbaro heroísmo.

Las balas silban buscando víctimas contrarias; la tierra calcinada del Cunduncurca es hollada por las caballerías y los pechos de entrambos combatientes se inflaman de entusiasmo y vivan a la victoria inminente que han

de conquistar a fuego y sangre, cueste lo que cueste.

La lucha ha cesado por un momento. Mientras tanto, aprovechándolo, un hombre que viene del opuesto campo al del patriota ávido investiga, pregunta por alguien, indaga presuroso y desespera porque nadie le da razón precisa de dónde pueda encontrar a quien con tanto afán solicita.

De pronto, alguien le señala un punto y allá, con los brazos abiertos, se avalanza como un loco.

Del campamento patriota, un oficial que se acerca sin dar crédito a sus ojos, vacila y al reconocerle, grita entusiasmado: ¡Hermano! ¡hermano mío!....

Mudos por la emoción, se estrechan mutuamente y aquellos dos corazones palpitan y se estremecen, filialmente conmovidos.

El ameno cronista quiteño, D. Manuel J. Calle, al respecto nos cuenta: "Los dos hermanos quedan en silencio breves instantes, mirándose de hito en hito, con lágrimas en los ojos y convulsivos sollozos anudados en la garganta.

‘Al fin el realista prorrumpe:

—Hermano. ¡Cómo te encuentro! ¡Dónde te encuentro!

¡Español eres de nacimiento, y tu puesto entre los nuestros está, y no entre los que combaten contra su Rey y contra su Patria!

—Nó. Ya no soy español, soy un americano. En esta tierra me he casado, en ella está cuanto amo, en ella he levantado mi hogar y a ella he adoptado como madre y como Patria. ¿Quie-

res que no combata por ella? ¿Quieres que no sucumba en la defensa de su libertad, si el destino así lo ha dispuesto para mi gloria? ¡Hermano! La causa es grande, la causa es justa, la causa es santa!

“Fruncido el ceño, plegada la boca en rictus desdeñoso, fulgurante la mirada, oye el brigadier español las entusiastas palabras de su hermano el Teniente Coronel patriota.

“Tras de una corta pausa, le dice:

—“Escucha. Cuando la batalla termine, como nosotros forzosamente hemos de vencer, forzosamente también has de caer tú prisionero nuestro. Desde ahora te digo que puedes contar con mi entera protección. A Brigadier me han ascendido últimamente por mis servicios en esta campaña y creo que el Virrey no me mira con malos ojos. Pues bien: Toda la influencia que pueda ejercer cerca de mis Jefes y compañeros, será para salvarte, oveja descarriada que has aprendido a aullar entre lobos. . . . ¡Oh! pero los demás. . . . ¡Los traidores que militan contra sus compatriotas, que hacen armas contra su Rey! . . . Para ellos, ¿qué perdón? ¿qué piedad será posible? Una misma madre nos llevó en sus entrañas, y por eso serás tú el único español de los que han seguido a los insurgentes que no sea ahorcado!”

Severa reprimenda a mano limpia y en el rostro no habría irritado ni enardecido tanto al español patriota.

Las promesas lisonjeras de su hermano, mas bien que alimentarlo, enardecieron sus iras y le dijo al punto, tembloroso:

—“Así pues, me has buscado, me has hecho llamar para insultarme? ¡Guarda tu protección para quien te la solicite! Si la suerte de la guerra me pone en tus manos, ahórcame en buena hora, ¿qué me importa? “Así le dijo y le volvió la espalda.

El español ve palpable su imprudencia. Quiere arrepentirse pero es tarde. Indeciso suplica, rectifica y clama: “¡Hermano! ¡Hermano!: No te vayas así: Tal vez mañana sea el último de nuestra vida y no conviene llevar motivos de queja a la Eternidad”.

Mírame, óyeme.

—El otro se compadece, se vuelve y sin decir palabra le estrecha entre sus brazos y lloran lágrimas de arrepentimiento.

\*  
\*   \*  
\*

Poco después prosíguese la lucha. Violento es el choque que hace estremecer la tierra y el español ejército vacila, retrocede y pierde la primacía y pierde el seso y pierde la batalla.

Vibra el cañón republicano y “a paso de vencedores”, los soldados de la libertad izan el estandarte sagrado de la Patria sobre los inertes despojos de la esclavitud.

Y ¡cosa inaudita y rara! ¡Ironías de la vida!: entre los prisioneros viene Tur, el español, que averganzado y triste, cae en los brazos cariñosos de su hermano.....

## XIX

“Llevala a mi esposa, y decidle la conserve, y se acuerde que a ella debo el momento más glorioso de mi vida, aquel en que he perecido, defendiendo la causa de mi suelo”.

Luis Rivas Dávila.

“La Victoria”: hé aquí un nombre, el más aparente, para designar ante las generaciones un lugar apacible de Venezuela, donde se asienta una ciudad que con orgullo guarda las cenizas de un puñado de héroes, cuyos nombres habrán de perdurar eternamente en los fastos de la historia americana.

Pase el Tiempo; surjan ante las naciones los más intrincados problemas políticos; millares y millares de seres humanos perezcan, triturados por los elementos destructores de la ciencia moderna; ruja el viento huracanado, la tempestad indómita de las evoluciones humanas y la transfiguración del mundo moderno, y nada será más grande que la acción de armas desarrollada el 12 de febrero de 1814, en la “Victoria”.

Alejandro contra Darío en la batalla de Iso en las llanuras inmensas de la Asiria; el Gránico famoso; las divergencias y encuentros de los Cónsules romanos; Viriato, el astuto cazador y guerrillero que con su cortejo de guerreros insignes fué la eterna pasadilla de los Pretores y de Fabio Serviliano en la antigua Roma; Arquelao en Queronea; Espartaco, que prefería morir antes en los campos de batalla que en

las arenas del Circo romano, pálidos quedan, comparativamente ante la trilogía augusta que formaron José Félix Rivas, Campo Elías, español, y Rivas Dávila, “el pundonoroso Coronel de dragones de Caracas, en América del Sur.

Dichosa edad aquella en que nadie quería morir oscuramente: todos, a cual más y en su rango, amaban a la Patria y a su libertad y poderío consagraron su existencia y listos estaban en cada instante a sellar con su sangre generosa los sacrificios que impusiera tal empresa.

Rasgos, los más sublimes y heroicos se registran a cada paso en la historia de la independencia americana. Quién hubo que se atreviera, solo, a detener una falanje furibunda de jinetes enemigos y al caer, naturalmente, moribundo, alanceado y rendido bajo los férreos cascos de las cabalgaduras, en los estertores últimos, intentara todavía detenerlos. Quién, al perder en la lucha el fusil o la espada, y al verse inerme, avalanzarse famélico, como una bestia feroz, contra el contrario, a disputarle el triunfo con los dientes y con las garras como ave de rapiña.

El mayor orgullo de un soldado era morir luchando, sin trepidar un instante y acribillado y moribundo, ser sus postreras palabras: “que sepa todo el batallón que no he retrocedido un paso”....

“Morir siempre luchando,  
morir esclavos nó....”

fué el lema irrevocable consagrado por el patriotismo y ennoblecido por el triunfo.

\*

\* \*

Venezuela era hollada vilmente, sacrificada sin misericordia, mutilada, escarnecida por el descarrío del triunfador Boves y su terrible comitiva, “falanje desordenada, tropel de hombres y de bestias feroces; híbrido hacinamiento de razas en el más alto grado de barbarie, esclavos sumisos a la vez que verdugos implacables; aquel ejército, en fin, fantástico y grotesco por la singularidad del equipo en que predominaba el desnudo, ponía espanto e inspiraba horror”.

Boves era la palabra horrible que vibraba con pavor en todos los oídos, que oprimía los pechos de tímida ansiedad y llenaba de espanto a los sencillos moradores cuyos hogares eran violados, violadas sus mujeres y sus hijas por la soldadesca infame y su hacienda pisoteada, hecha pasto del más triste botín.

Boves era sinónimo de destrucción, de crueldad y exterminio y a su solo nombre temblaban todos porque ni honor, ni tranquilidad, ni bienes eran seguros a donde por desgracia arribaba con sus vandálicas huestes.

Y para colmo de males, era valeroso como el que más, fornido y arrojado y desafiador estoico de todo peligro. “Más de una vez su fuerte brazo volcó el carro victorioso de la revolución; más de una vez los laureles del triunfo se ostentaron sobre su frente ensangrentados. Gigantesco en sus pasiones, sus menores faltas fueron crímenes, su única virtud la valentía”.

¿Qué valla era posible al alud horripilante de destrucción y de horror? ¿Cómo conjurar, sin elementos, sin gente, sin recursos a esa tromba furiosa, en aquel mar de desolación y de muerte? ¿Cómo detener ese brazo prepotente que como estandarte demoledor se paseaba por toda Venezuela en el año nefasto de 1814?

Hé aquí el gran problema, la incógnita siniestra, indescifrable que bullía en el cerebro febril de los patriotas.

Rivas, José Félix Rivas, ese bravo entre los bravos, ese mitológico centauro cuyo brazo de hierro pudo sobreponer el valor a la osadía, al impudor cínico y desbordado, el turbión de metralla que destrozó implacable la corrupción reinante. Rayos del cielo aprisionados entre manos humanas, no habrían sido más funestos que lo fueron la lanza y el fusil y los cañones para las huestes de España en los nervudos brazos de los antiguos colonos.

\*

\*   \*

Ha llegado la hora: Boves, famélico se acerca; Rivas le espera impasible; Boves ruge, Rivas avizora, reconcentra sus limitadas fuerzas y ansía el momento supremo; Boves carga soberbio, pero ¡que tiemble! Rivas y los suyos reparten a diestra y a siniestra el pavor y la muerte; el español vacila, el patriota gana terreno; se truecan los papeles de vencedor a vencido, de señor a lacayo, del triunfo a la derrota.....

Estrechas son las calles para correr tanta sangre, estrechos son los aires para los ayes y alaridos, los gritos de victoria, las imprecaciones de despecho y de terror que se escuchan por doquiera.

Montilla, Soubllette, Maza, Rivas Dávila y otros están en pie y ello basta. Mientras la vida aliente en esos cuerpos, la Patria no sucumbe: son el pedestal, las columnatas inconmovibles donde se apoyará la libertad de América. Mas, si una cae, otra se irgue majestuosa y le reemplaza.

Y oh dolor ¡una ha caído! Rivas Dávila, Luis, ese caraqueño de singular heroísmo siente que la fuerza la falta: un sudor frío recorre su cuerpo y una inusitada flaqueza le hace dar en tierra.

El triunfo es un hecho cumplido y ello le consuela; su vida no le importa siendo que su Patria deje de ser esclava; raras contorsiones paralizan su cuerpo, sus miembros todos y algo mortal le invade todo el ser.

Vé al cirujano que le sostiene y extrae el plomo que ha entrado en su cuerpo y que le roba la vida. Siente que va a morir y no se inmuta: con ojos entristecidos por la muerte vé el pequeño fragmento, la bala traidora que ha de causarle la muerte y exclama: “Llevala a mi esposa y decidle la conserve, y se acuerde que a ella debo el momento más glorioso de mi vida, aquel en que he perecido defendiendo la causa de mi suelo. Muero contento: ¡Viva la República!”

\*

\* \*

¡Qué más hermoso legado! ¡Qué acto de más valor y más heroico! ¡Qué suelo más privilegiado de los Dioses, dar vida y procrear hombres que de tal manera lo amaron!

¡Orgullo de la raza, lección de las edades!

## XX

“Diga Ud. a su general, que yo no abandonaré este oscuro rincón mientras mi Patria sea esclava; que aquí seguiré hasta que los míos vengan a sacarme anunciándome que somos libres”!...

**Doña Josefa Palacio.**

La misma sangre vigorosa y altiva que corría por las arterias del más pujante de los ejemplares guerreros que han visto y verán los siglos en América Latina, cuyo solo nombre, Bolívar, al evocarse, inspira la sensación de lo grandioso y lo admirable, alentaba una existencia femenil, un cuerpo endeble y enfermo, que en un rincón de Caracas yacía, relegado en el infortunio, por el rigorismo y desenfreno españoles, en la época sangrienta de independenciam.

Noble señora, de recio espíritu, desvinculada casi de quienes formaban el único afecto de su corazón, después del amor entrañable y sagrado que tributaba a su Patria, oprimida y pisoteada por quienes ansiaban usufructuar más y más el territorio en que se mecía su cuna, en que la Divinidad había sido pródiga en

belleza, en riquezas, en extensión y feracidad, y en que, podría decirse, habíase complacido su munificencia y bondad, no podía tolerar ni aceptar de buen grado que de los mismos opresores de su país llegara para sí un favor personal, una dádiva generosa, así fuera su propia libertad, con que querían obsequiar a su terrible contrincante, como favor especial y egregio sobrino, quien la había solicitado a su encomendado.

\*

\* \*

Doña Josefa Palacio era su nombre, viuda del glorioso General José Félix Rivas. Cruelísima enfermedad—la hidropesía—minaba su organismo desde hacía mucho tiempo. Desde el infausto año de 1814, esta noble dama, por terror a los españoles, se había encerrado en un cuarto, sin ver a nadie, no admitiendo más compañía que la de sus criadas y sin admitir más visita que la de su médico.

Copiosas lágrimas, de continuo humedecían su rostro macilento porque en su viudez y en su infortunio y en su destierro cruelísimo, eran ellas el único riego que tenía para sus amargas penas.

Bolívar no ignoraba la tribulación y abatimiento de su anciana tía, lo que le llenaba de pesar y ansiaba el momento propicio para libertarla de tan cruel cautiverio, que alcanzaba ya a siete años.

Bien sabida es la fiereza y saña que los españoles se gastaban para los americanos, sien-

do su intento irrevocable, su mayor anhelo, extinguir esa raza rebelde y someterla, triturarla y de un modo u otro acabar hasta con su nombre maldito. Pero esa raza altiva y fuerte había culminado, había dado sus opimos frutos y los había concentrado en el "Simón macabeo de la América" que contrarrestaba a tan descabellados intentos y pagaba con creces fiereza con fiereza, hidalguía con hidalguía, dando al traste por fin con las locuras suscitadas por la fatuidad y las pasiones de los agentes peninsulares, porque el soldado orgulloso que prometía destruir a los rebeldes desde Méjico hasta Buenos Aires, vió su altivez rendida y su reputación descalabrada; mientras que Bolívar, dando vuelo a su alma sin rival, nacida para la libertad, llevó sus armas en triunfos pomposos hasta donde Pizarro hizo tremolar los pendones soberbios de Castilla...."

\*

\* \*

Los dos representantes de las fuerzas batalladoras, republicanas y españolas, Bolívar y Morillo, habían pactado una cesación transitoria de hostilidades, armisticio que habría de durar seis meses, el que fué firmado el 26 de noviembre de 1820 a las diez de la noche y ratificado el 27. "Día de bendición, en que terminó, gracias al Cielo, aquella guerra de exterminio que iniciaron los españoles para castigar a los americanos, que retaliada por nuestros Jefes, como de justicia, inundó la tierra de sangre!.... Finalizaron así las desgracias de nues-

tro asolado país.... ¿Dónde estaban sus riquezas, dónde sus moradores? ¡Ah! casi todos habían desaparecido.... Moxó, Pardo, Enrile, Morillo.... la codicia ingeniosa en inquirir alhajas y dinero, nos habían empobrecido; la crueldad, la guerra, el odio nos habían diezmando....”

Morillo quiso ver a Bolívar frente a frente porque el negocio se había efectuado por mediación de emisarios. Sació su antojo y a fe que no hubo de pesarle porque contra su pensar, quedó maravillado del Grande Hombre con quien se dió el más estrecho abrazo en el pueblo de Santana.

Comieron juntos; abundaron las protestas de amistad, de buenas intenciones y cordial y calurosamente brindaron por el bienestar de los países representados.

Bolívar no olvidaba a su tía y pidió a Morillo en tan solemnes horas que al llegar a Caracas, persuadiera a la noble anciana de dejar la incómoda situación que soportaba.

Morillo generosamente lo cumplió así, pero al enviar el mensaje, la anciana, con altivez y entereza contestó: “Diga Ud. a su General, que yo no abandonaré este oscuro rincón mientras mi Patria sea esclava; que aquí seguiré hasta que los míos vengan a sacarme anunciándome que somos libres”....

\*

\*   \*   \*

¡Patria feliz que así te amaban tus hijos de otro tiempo; cuando el sexo bello guardaba

tu nombre como un talismán, sobre los perfumados altares de su corazón y cuando la sangre y la vida eran poco para ellas ofrendarlas en tu honor a los tiranos, que querían hacer de Tí el saco de sus ambiciones y desvíos!

**BERNARDO PUERTA G.**

### **OBRAS CONSULTADAS**

para escribir las "Semblanzas Heroicas".

1a. El Libro del centenario del nacimiento de Bolívar.

Prólogo de José Enrique Rodó al libro "Cartas de Bolívar", pág. 4.

2a. Biografía del General Antonio Nariño por Doña Soledad Acosta de Samper, pág. 111.

Historia de la Literatura en Nueva Granada por Vergara y Vergara, pág. 427.

"El Periodismo en Colombia" por Gustavo Otero Muñoz, pág. 120.

3a. "El Wáshington del Sur" por Benjamín Vicuña Mackenna, pág. 52 y siguientes.

4a. Biografía de Córdoba por Rafael Baraya.

Biografías Militares por José Ma. Baraya.

5a. Biografía de Córdoba por Eduardo Posada, pág. 13.

Desilusiones de Bolívar por B. Puerta G.

6a. Biografía de Córdoba por Eduardo Posada, págs. 20, 21 y 22.

Memoria de la Casa Moreno Jaramillo en 1924.

Repertorio Histórico de Medellín, Tomo 1o., pág. 456.

7a. Biografías Militares por José Ma. Baraya, pág. 20.

Biografía de Girardot por J. D. Monsalve.

8a. "Bolívar y la Emancipación de Sur América". Memorias del General Daniel F. O'Leary, pág. 187.

"Desilusiones de Bolívar", pág. 18.

9a. Autobiografía del General José Antonio Páez (edición de New York), pág. 145.

10a. "El Centenario", No. 28, pág. 14. Revista aparecida en Medellín con motivo del centenario de la Independencia.

"Cartera Patriótica" por José J. Zapata A., págs. 69, 155 y 156.

11a. Artículo de D. Aristides Rojas "Buena Lectura". Revista literaria de Medellín, pág. 18.

Memorias del General Páez. Editorial América, bajo la dirección de Rufino Blanco Fombona, págs. 175 y 176.

12a. "El Pacificador y el Prisionero" por C. Peraza. "El Gráfico" de Bogotá, No. 2, del 31 de julio de 1910.

13a. "Album de Boyacá" por Cayo Leonidas Peñuela, págs. 337 y 338.

"La Miscelánea", de Medellín, Año 12, Pág. 300.

14a. Pág. 501, Tomo 2o. de las "Biografías de Hombres Notables" por Ramón Azpurúa.

Págs. 119 y 120 del Diccionario Biográfico de los Campeones de la Libertad por Scarpetta y Vergara.

15a. Pág 159 de las "Leyendas Históricas" por Manuel J. Calle.

Pág. 473 del Diccionario de los Campeones de la Libertad por Scarpetta y Vergara.

16a. "La Batalla de Ayacucho" por el General Manuel Antonio López (Biblioteca Popular).

"Mundo al Día" de Bogotá No. 271, del 6 de diciembre de 1924, pág. 17.

17a. Págs. 213 y 214 de "Autobiografía de Páez". Edición de New York y pág. 248 de las "Memorias del General Páez", edición de Rufino Blanco Fombona.

18a. "Leyendas del Tiempo Heroico" por Manuel J. Calle, pág. 204.

V. en el No. 724 de "Mundo al Día" de Bogotá, pág. 20, artículo de Enrique Naranjo M.

19a. Pág. 26 de "Venezuela Heroica" por Eduardo Blanco.

"Compendio de Historia Antigua" por Carlos Martínez Silva.

20a. Pág. 63 de la "Vida de Bolívar" por F. Larrazábal, tomo 2o., edición de New York, 1878.

---